

## Artes

# La actividad musical en Chile: opiniones de Fernando Rosas

Fernando Rosas, director de la Agrupación Beethoven, indudablemente la principal entidad privada dedicada a la difusión musical en Chile, hizo llegar a la edición de la revista algunas observaciones complementarias y también divergentes de los planteamientos expuestos por Andrés Rodríguez en su análisis sobre la actividad musical chilena, publicado en la edición anterior. Sus consideraciones son las siguientes.

En la edición de noviembre de *Economía y Sociedad* aparece un artículo bajo el título *La actividad musical en Chile*, escrito por Andrés Rodríguez, abogado y Director de la Corporación Cultural de Santiago.

Como trata temas de indiscutible importancia, en la presente oportunidad me interesaría añadir algunas consideraciones y, de paso, sugerir algunas ideas que no coinciden necesariamente con los planteamientos del autor.

En el artículo citado, se señala que la actividad musical nacional estuvo fuertemente disminuida en la primera mitad de la década pasada. Como me correspondió actuar en esa época, debo poner un punto de vista enteramente contrario. El Instituto de Música de la Universidad Católica fue el protagonista principal de la actividad musical en Chile en esos años. En efecto, en 1972 se fundó la Temporada Internacional del Teatro Oriente, trayendo a Chile conjuntos de artistas de extraordinaria relevancia: la Orquesta de Cámara de Praga; la Orquesta de Cámara Inglesa; el Cuarteto Juillard; el Cuarteto Amadeus; Pierre Garnier, cellista; James Tocco, pianista, y muchos otros. El Teatro Caupolicán fue escenario de memorables conciertos de los maestros de Duke Ellington y su orquesta y de Ravi Shankar y su conjunto.

Paralelamente, un gran movimiento musical se fortaleció en diversas ciudades de Chile: las orquestas juveniles de La Serena, con el notable Jorge Zaldívar; la Orquesta de Concepción, que tiene gran actividad y respaldo; asimismo, las orquestas de Temuco, Antofagasta

y Valdivia fueron muy importantes en esos años.

Otro aspecto fundamental de la primera mitad de la década pasada fue la presencia de conjuntos chilenos en el extranjero. La Orquesta de Cámara de la Universidad Católica visitó más de treinta países de Europa y América; el Coro de la Universidad Técnica del Estado, dirigido por Mario Baeza, también recorrió gran cantidad de países; lo propio hizo Marco Dusi con el Coro de la Universidad de Chile y muchos otros conjuntos colaboraron a dar una gran imagen de la cultura chilena en el exterior.

También fue importante la actividad de grupos que tenían como base elementos de música autóctona y que dieron origen a un movimiento de folklore urbano que tuvo gran atracción en Chile y en el extranjero.

Por último, los Festivales de Música Contemporánea, organizados por la Universidad Católica, trajeron a Chile obras de las más variadas tendencias, estrenándose en nuestro país creaciones de Ligeti, Penderecky, Schuller y muchos otros autores destacados del Siglo XX. Incluso, Juan Pablo Izquierdo dirigió *La Orestíada*, de Xenakis, en una de sus primeras presentaciones en el mundo.

Por lo tanto, de acuerdo a todos estos antecedentes no es posible hablar de actividad musical disminuida. Después de 1973, por las razones que expone el señor Rodríguez, la actividad internacional se nos hizo más difícil, pero esta ya es una realidad conocida.

En las observaciones acerca del momento actual, coincido en bastantes aspectos con el artículo publicado; sin embargo, hay algunos matices que quiero destacar: se sugiere en él que el Estado debiera subvencionar las presentaciones de conjuntos extranjeros para rebajar el costo de las entradas. No me parece conveniente, ya que esto es beneficiar a una pequeña minoría de personas que puede o quiere asistir a sus presentaciones.

A este respecto, me parece más adecuado suprimir el absurdo impuesto adicional a dichos espectáculos, que es del 20 y en algunos casos hasta del 40 por ciento. Alguna autoridad debería estar facultada para eximir de este gravamen cuando el espectáculo es de real categoría artística. Una solución a largo plazo sería construir salas con cabida para un público numeroso, para poder rebajar así el valor de las entradas.

El señor Rodríguez se refiere a una futura coordinación de teatros municipales a nivel latinoamericano. Me parece una idea estupenda: será un aporte más a la coordinación que ya existe entre las empresas de conciertos que trabajan a nivel latinoamericano y las sociedades musicales como la nuestra y el Mozarteum Argentino que colaboran estrechamente desde hace muchos años.

Otro aspecto al que debo referirme es el del número de orquestas existentes en Santiago. El señor Rodríguez señala tres orquestas sinfónicas y una orquesta de cámara, lo que sería igual a Londres u otras ciudades europeas muy importantes.

Desgraciadamente, la realidad lo desmiente. En Londres hay por lo menos cuatro orquestas sinfónicas independientes y una multitud de orquestas más, tanto sinfónicas como de cámara. En Santiago, existen dos orquestas sinfónicas: la de la Universidad de Chile y la Filarmónica. La Orquesta de Cámara

## Artes

de la Universidad Católica es solamente *part-time*, ya que la mayoría de sus profesores tienen importantes labores docentes y, por último, la orquesta del Ministerio de Educación, recientemente reorganizada, es una orquesta clásica del tipo de la Orquesta de Cámara Inglesa, con una jornada muy reducida.

Plantear que sería razonable concentrar los esfuerzos no me parece oportuno, ya que la concentración genera entes burocráticos (elefantes blancos) imposibles de manejar en un medio como el nuestro. En cambio, creo que es necesario coordinar efectivamente los esfuerzos para que todas las distintas actividades no se contrapongan entre sí, sino que las funciones se distribuyan en una forma coherente, aprovechando al máximo la capacidad instalada de todas ellas.

Otro de los temas abordados en el artículo que apareció en la edición anterior no ha sido estudiado en Chile en forma correcta. Se refiere a la necesidad de otorgar facilidades a las empresas para que efectúen aportes a la vida cultural. Coincido con el autor en que es necesario el aporte de las empresas a la cultura, pero creo que para ello es también indispensable la creación de una importante área cultural privada. No me parecería razonable que las empresas financien organismos del Estado o similares, por vía de subvenciones. El Estado y las municipalidades tienen la obligación de financiar adecuadamente sus actividades propias.

En el mismo orden de ideas, creo necesario mencionar, a propósito de estas materias, las siguientes observaciones:

1. El Estado debe tener una po-

lítica de becas para fomentar el estudio de artistas nacionales dentro o fuera del país. Recordemos a este respecto que la beca que concedió el gobierno de Chile en 1910 a Claudio Arrau fue por un plazo de 10 años, plazo mínimo para que un artista juvenil pueda hacer algo. Becas por uno o dos años son como una gota de agua en el desierto.

2. No cabe duda que la creación musical chilena viene declinando hace bastante tiempo. El Estado, a través de las universidades y de otros organismos, tiene una responsabilidad ineludible en esta materia.

3. Un aspecto central y nunca abordado es la creación, por parte del Estado y las municipalidades, de una verdadera carrera funcionaria para los administradores de las actividades artísticas. En todos los gobiernos, de los más diversos signos, hemos presenciado una rotativa impresionante de personas. Si la actividad artística requiere profesionales competentes, la administración de ellos requiere una competencia aun mayor, ya que la asignación, distribución y administración de recursos, en un país que los tiene tan limitados, es una materia de extraordinaria importancia.

Coincido con el señor Rodríguez en que, en los últimos años, ha existido un repunte en la actividad musical. Sin embargo, desgraciadamente, este repunte se ha circunscrito a Santiago. Este año desaparecerá probablemente la Orquesta de Antofagasta. Las actividades otrora florecientes de La Serena, pese al gran interés que tienen los actuales directivos de la Universidad en ellas, afrontan dificultades económicas de gran envergadura. Parecidas

dificultades enfrenta Concepción para completar su orquesta y las orquestas suereñas son sólo un recuerdo de otros tiempos.

Es urgente que el Estado, sin disminuir su aporte a las actividades culturales de Santiago, destine sumas a las actividades de las otras importantes ciudades del país.

Por último, coincido también con el señor Rodríguez en la importancia de la labor que ha realizado el Ministerio de Educación, que en los últimos años ha creado sus exposiciones, teatro y conciertos itinerantes. Es fundamental que estas actividades se complementen e incentiven con la propia actividad local de las distintas ciudades, ya que en caso contrario desaparecerán cualquier día sin dejar rastros.

Para terminar, es necesario tener presente que, paralelamente a los que trabajamos a favor de la actividad cultural en Chile, hay muchos otros que, ayudados a veces por el aparato estatal, trabajan a favor de una contracultura que tiene enormes recursos y moviliza una parte importante de los medios de comunicación masivos. Es urgente que personas con poder de decisión comiencen a poner las cosas en su lugar, ya que en caso contrario nuestro país se verá cada vez más sumergido en una cultura de masas basada en subproductos, mistificaciones y supercherías. Esto último está siendo un grave atentado a un país como el nuestro que siempre consideró tener un desarrollo cultural muy superior a sus medios materiales. ■

Fernando Rosas

